

## TRAS LAS HUELLAS DEL FUTURO

Por las puertas más pequeñas y escondidas de la realidad el hombre se escapó de la adaptación radical y lo hizo a través de la imaginación. Encontró salidas hacia nuevas experiencias y respecto a otras maneras de afrontar la necesidad. Constituyó así, paso a paso, lo que trascendería al instinto para formar una síntesis entre la sobrevivencia y la muerte. Pilares de lo que ha sido hasta hoy la cultura del *homo sapiens*.

Las nuevas experiencias le exigen al hombre formas de consenso distintas, una mirada por encima de la articulación mecánica, más allá de una manera simple de participar en la cacería o la recolección.

Cuando el hombre comienza a pintar animales y estrellas en las cavernas que eran su hábitat, para explicarlo tiene que utilizar una nueva herramienta primordial: la palabra, y con ella inicia el lenguaje, la intencionalidad, un finalismo que sobrevuela lo utilitario, y que se canaliza a un tipo novedoso de comunicación que ya es diálogo, porque su materia, las pinturas rupestres, tienen que ser comuni-

cadras a otros semejantes, requieren alguna explicación, lo que viene a significar el inicio de un consenso. Son los primeros materiales de un lenguaje que se va configurando en un tejido —que lo acompaña— de conductas diferentes a la adaptación con su entorno, pues lo supera y le da sentido, al no atenerse sólo a la lucha para evitar su desaparición.

Consenso e individualidad surgen separados pero sin contraponerse. Lo propio es posible porque es piedra angular de lo comunitario y lo comunitario se enriquece con ese bagaje de expresiones no funcionales que le agregan fines a la naturaleza, sin pretender cambiarla, pero que regresan después a cambiar al propio hombre, diluyendo el mecanismo elemental del instinto, a través de la libertad que brota de la fuente primigenia que es la imaginación del hombre.

Surge lo sagrado, reducto en el que se amalgaman el instinto de conservación con el afán incipiente de trascender, elemento central de la conciencia ya que representa una sublimación de la soledad y resguarda la totalidad del ser. Alcanza un sentimiento de pertenencia, comparte relatos —Cyrułnik— y da comienzo la lucha ininterrumpida del hombre contra el caos y la discordia.

Una nueva modulación del lenguaje se orienta hacia otros territorios y la palabra adquiere una re-

levancia inusitada porque sirve para convocar a las deidades y para lidiar con lo supremo. Evoca imágenes para establecer las bases de la identidad. Auspicia la adaptación del hombre a través de códigos que regulan formas de vida al acatar paradigmas ancestrales que provienen del inconsciente.

Esta es una compleja travesía de centenares de siglos por la que camina el ser humano entre los vericuetos laberínticos de una naturaleza hostil, que le aumenta el volumen a su faringe y le da resonancia a los sonidos de su boca, le libera las manos de la función motriz y transforma sus esquemas psicobiológicos que le permiten dejar huellas bellas e indelebles como en Lascaux, Altamira, Chauvet, Arcy-sur Cure y Lausell. Pero muy cerca de la piel sigue quedando la ferocidad casi animal del predador.

Junto a lo sacro aparecen los mitos con una función diferente. Son universales y provienen de un mismo origen que produce respuestas para solucionar problemas similares de todas las comunidades. Subsisten como nexos con el pasado y como significados que congregan, como cimientos que sostienen lo real, pues ejercen a través de los ritos, al igual que las religiones, una presión colectiva que es norma y enseñanza. Canalizan comportamientos humanos para salvaguardar y organizar la vida en

común. Son una fuerza activa que puede convertirse en sabiduría moral pues trasluce en una realidad concreta otra superior.

Cualquier diagnóstico sobre lo que Janet llama la “*fonctione fabuletrice*” conduce al concepto de representaciones colectivas o categorías de la imaginación, intento de proveernos de explicaciones meta-objetivas que amasan experiencias concretas hasta convertirlas en alegorías, en representaciones simbólicas de fenómenos que acontecen en la psique del hombre y que lo comprometen con los demás.

Por su estructura los mitos son elementos básicos que dejan registros del pasado remoto en las sociedades de todos los lugares y épocas. Se imbrican en el mundo religioso, aunque tienen una entidad de otra naturaleza. Como todas las obras del hombre se transforman, pero a pesar de su mudanza persisten como ejes que fundamentan la vida de los grupos sociales.

Las religiones sirvieron de escudo a la prepotencia y avaricia de los imperios desde el tercer milenio a. C. y los mitos se ocultaron en esquivos escondrijos para uso sólo de los iniciados. A la sazón ambos sistemas son ya disfuncionales, quedan al margen de la nueva sociedad, porque el hombre fragmentado y ávido de lo efímero se escapa de es-

tas formas de control, ya innecesarias, pues son edificaciones rebasadas que fallaron, residuos de un misticismo al que los hombres del presente se someten de otra manera y del que los hombres del futuro no tendrán siquiera registro.

Las mutaciones le permiten a la especie humana establecer formas sociales en continua evolución, siempre acompañadas de sanguinarias luchas, de guerras implacables, pero también crecen las edificaciones, la creatividad se explaya, aunque su compleja dualidad conmueve y atemoriza.

Su capacidad de investigación creativa le hace construir instituciones que encauzan la vida en común. Su individualismo que hurga en los secretos pliegues de la realidad le concede nuevas aportaciones, síntesis de un trabajo solitario y maravilloso, a pesar de que nunca ha podido extinguir al instinto que sigue a flor de piel y que mantiene las contradicciones, ya como esencia misma del hombre y de uno de sus más extraordinarios inventos: la sociedad.

Nacen civilizaciones que crecen y se abaten, el hombre pasa acompañado por esa sutil paradoja que le permite la poesía y el crimen, las más sublimes alturas y las bajezas más impredecibles.

El tercer milenio antes de Cristo es el lapso histórico en el que se dan los comienzos de grandes

civilizaciones en la India, en China, en Egipto, en Mesopotamia.

La convivencia humana recibe formas de organización que dejan constancia, finalmente, de que la imaginación se sobrepone a la necesidad no sólo como respuesta sino como previsión que arma con elementos del pasado las posibilidades del porvenir.

China y sus pueblos establecen sistemas paralelos fundados ambos en la vacuidad, en el *qi* y en el *ying-yang*. Uno que privilegia los ritos (*li*), el orden moral (*ren*) y los exámenes; y el otro el desapego, la armonía con el entorno y la no acción (*wu wei*). Subsisten simultáneamente tanto la aceptación de la paradoja como el culto a los antepasados. Talento y disciplina engarzados entre los muros de la gran muralla y en el curso de los ciclos de la naturaleza.

Son éstos los pueblos que adscriben sus dioses a las peculiaridades de cada comunidad, que profesan el Budismo Mahayana, el Chan y el Taoísmo dentro de una extendida religiosidad social, pero que, además, aceptan los esquemas de Confucio y configuran sus vivencias con los principios de Lao Tsé.

Para establecer una fisonomía de las civilizaciones engendradas por el *homo sapiens*, habría que incluir a la India, que ha dejado en cinco milenios

testimonios que abarcan esferas y mundos trascendentes, formas de ser que elevan nuestra percepción y traducen en símbolos la problemática de la existencia humana. Ya sea Mohenjo-Daro, Harappa o la vital creatividad de los drávidas del sur, la cultura se divide en tres formas de ser: existencia, conciencia y experiencia —Alain Danielou—.

El pensamiento y los métodos para conocer la realidad se encarnan en los dioses y nada más abigarrado que el repertorio de dioses de la India, ni siquiera la selva o los edificios barrocos de los mogoles, de allí su incesante búsqueda de la unidad.

Predominan el Atman, el Dharma y la alegría de vivir. El origen es el oscuro océano cósmico y Vishnu que neutraliza la tendencia regresiva de su propia sustancia, reasumiéndose como creador y conservador del universo. Después, de su ombligo brota el loto sobre el que aparece Brahma sentado para dar inicio al proceso cíclico de Maya-Shakti, impulsado por Shiva —Zimmer—. Queda escrito en la dedicatoria del Rig Veda a mediados del segundo milenio a. C., lo que será la señal distintiva de este inmenso territorio cultural: “¡A los videntes, nuestros antepasados y los primeros en encontrar los caminos!”. Quedaron también labrados en piedra los edictos humanistas de Asoka, la estatua de Buda de Anuradhapura (Ceilán) y en los corazo-

nes de todos los seres humanos la “no violencia” de Gandhi.

En el norte de África emerge la cultura milenaria de Egipto que se inicia con el símbolo del toro —matriarcal— y termina con la figura del león —patriarcal—. Entroniza a Ra como dios principal y establece una rica civilización agrícola que deja su herencia escrita en jeroglíficos, en inmensas edificaciones como las pirámides o la esfinge y en las tumbas del valle de los reyes, en Luxor y Karnak, o en su religión de dos mundos correlativos con casas, alimentos y tribunales.

En Mesopotamia los sumerios, otra civilización agrícola, dejó testimonios en signos cuneiformes y en esculturas extraordinarias como la Cabeza de Mujer —Uruk— y las estatuas de los dioses con las manos juntas en plegaria y los ojos atónitos, en Telasmar, oteando al cielo para, quizá, exigir piedad a las fuerzas superiores. Quedan, además, las escenas expresadas en el estandarte de Ur, que son de guerra y de paz, primera secuencia de esta índole de la cultura universal, y la estela de altos relieves del rey Eannatum, de Lagash, constancia de su victoria sobre Umma, con los soldados avanzando sobre cadáveres (2450 a. C.).

Prosigue la especie humana su carrera civilizatoria en el mundo griego, nueva expresión universal de sus capacidades, ya sea que lo veamos como

Schopenhauer con los ojos de Calicles, o como Nietzsche con la perspicaz mirada de Dionisio, siempre Grecia es a un tiempo apolínea y dionisiaca, y edifica un modo de pensamiento que transcurre de los presocráticos, con Heráclito, a las cumbres elevadas de Platón y Aristóteles, dentro del profundo cauce de lo humano como tragedia, arquetipo que prevalece.

Alejandro Magno y las aspiraciones helénicas abren horizontes con la concordia que disemina los valores del mundo griego en distintas latitudes.

Después Roma, siete siglos de civilización y poder que se perfeccionan a través de la *res pública*, que con sus legiones y leyes hace duraderas las conquistas militares y trama, con redes de caminos y códigos, la *orbis romana*. Al adoptar el cristianismo y asumir a los bárbaros se convierte en puerta hacia lo que Hans Freyer llama la “Europa universal”, y que nosotros conocemos en los siglos que se deslizan hacia el futuro, como Occidente.

Esta es la inmensa cordillera de culturas que desembocan en el despeñadero del siglo XX, tiempo en el que el hombre inventa a su sustituto a través de los avances tecnológicos, la manipulación genética y el nuevo cerebro-computadora-Internet que reina sobre el inconmensurable y novel universo virtual.

La ciencia, la tecnología, el pensamiento y las abrumadoras formas de vida injustas y arbitrarias lo han conducido a los límites de la especie, a la frontera con lo desconocido. La acumulación económica deforma y destruye al medio ambiente y deja al hombre inerme, mientras la globalización tecnológica diluye el sentido de pertenencia y favorece la guerra entre las representaciones y los relatos de las comunidades. Se ha perdido la solidaridad orgánica de la dimensión simbólica —Maffesoli—.

En estas condiciones el *homo sapiens* ahora puede aniquilar su esencia, pues se ha destruido el contexto humano, se ha convertido a la conciencia en un torbellino, se han trocado todos los vínculos y las relaciones individuales en virtuales. El hombre se ha convertido, quizá, en el *homo-sapiens-demens* descrito por Edgar Morin.

Participa en la masa —Canneti— que en la actualidad se ha diseminado volviéndose multitud, compuesta de individuos aislados, pero vinculados intensamente por lazos binarios y lineales. Encerrado al pario, con su computadora —trampolín al vacío— está en su guarida y tiene frente a sí millones de sitios de Internet. Es el individuo que se presenta como quiere, hombre, mujer o una mezcla de ambos. Diario se puede multiplicar al gusto, pero nunca sabe si su interlocutor virtual es o no es lo

que le comunica ser. Tiene en derredor los confines. Le fluyen como cataratas bloques de información. No hay distancias. Es dueño del espacio y del tiempo en ese instante. Al parecer todo está a su disposición, pero carece de la más mínima experiencia directa de la vida. Ésta transcurre por otro lado. Nada lo obliga a decidirse, a comprometerse, a sentir cómo palpita la existencia. Le basta apagar la computadora para cerrar esa ventana que le regala, inmisericorde, un paisaje artificial. Vuelve la cabeza, puede percatarse de que hay innumerables cubículos de otros individuos que están junto a él, pero que ya no son sus prójimos. No tienen nada que decirse entre sí. Participa cada uno desde su madriguera, con una múltiple identidad, por línea separada, en la red de cables extendida hasta los millones de sitios que inertes esperan que comience a operar el “*maus*”.

Las instituciones se vacían de contenido, no operan en la realidad, son formas vacías coartadas del poder globalizado que va dejando a los conglomerados sociales al margen de las anteriores maneras de vivir.

Puede observarse cómo combaten, todos contra todos, en el marco de una existencia que privilegia la competencia sin cuartel, la pugna más enconada entre los individuos. Se enfrentan también la globalidad contra las comunidades y éstas entre sí.

La sociedad “racional” que inventó el hombre para sobrevivir no puede ya resolver las contradicciones que provienen de su propia conducta, pues agrade a la naturaleza que al final prevalecerá sobre él, pues el *homo sapiens*, tal como actúa hoy en día, tendrá que sufrir cambios o desaparecer.

Se ha llegado al extremo de que podría escribirse la biografía terminal del *homo sapiens*, un testamento último, porque éste ya no es el protagonista del futuro, ya no representa a la vanguardia del universo, pues se ha formado un nuevo tipo de individualismo, ya fractal y escindido, como pronto lo estará también, al paso del tiempo, la realidad, la sociedad y los horizontes.

Después de destruir los marcos de referencia se establecieron la flexibilidad y lo efímero como sustancia, norma que rige la existencia. Predomina lo banal y se entreveran el bien con el mal, que resultan ya irreconocibles en el caleidoscopio de una conciencia intermitente.

Si otrora el hombre fabricó con el uso de sus manos su cerebro, hoy la computadora a la que podría llamársele “las nuevas manos del hombre”, construirá un nuevo cerebro conectado con el universo. No pueden preverse las consecuencias que esto tendrá porque surgirán otros sistemas de ideas desde los reductos en los que los individuos tercián

en diálogos virtuales y no, como antes lo hacían los solitarios, que desde monólogos creativos, en un movimiento pendular, reflexionaban para regresar existencialmente a participar en el mundo —Ortega y Gasset—.

Inmerso en un proceso en el que lo único que tiene significado es el dinero, en el que la libertad no se traduce en felicidad, ni el desarrollo técnico implica ganancias, lo rodean infinidad de opciones individualizadas y a corto plazo que no pueden prometer un programa duradero. Sufre el desfaseamiento entre realidad y experiencia.

Sus alternativas tienen dos principales vertientes: copiar a los demás o tratar de crear algo nuevo pero sin marco referencial.

Frente a un mundo abierto y roto, puede interpretar los fragmentos a voluntad, sin consecuencias o con resultados percederos. Sometido a la casualidad puede cambiar cada semana de programa dentro de la avalancha de ofertas abrumadoras del mercado. Persiste esta sociedad obedeciendo las órdenes que promulga la publicidad, porque para existir en ella hay que comprar o vender, y para ser libre es menester asumir la fragmentación. Las vidas están moldeadas por la competencia o por la ausencia de competencia. Cualquier elite está sujeta al binomio dinero-competencia, y la lucha se da

por el control de los conocimientos, pero dirigida sustancialmente hacia la oferta.

Se trata de progresar sin contemplaciones. Ahora cuerpos y mentes son moldeables, ejercicios, cirugía y genética se presentan como posibles, pero con una condición binaria, en la que las mutaciones conformarán lo que finalmente seremos.

En el porvenir próximo se utilizará la fertilización *in vitro* con diseños genéticos *ad hoc* provenientes de una selección de elementos del código genético y de las secuencias del ADN, para finalidades preestablecidas y para armar nuevos prototipos.

¿Se podrá, quizá, editar la vida como lo hace el procesador de palabras?, ¿la elite generará diseños programados dentro de los modelos de una ética circunstancial que proviene de lo banal y de lo efímero?

Unos cuantos tendrán el control de esta situación y el hombre irá perdiendo el concepto estable del “sí mismo” y será múltiple, pero sin contextos dentro del marco de instituciones ya desmanteladas, asumiendo su tristeza y su soledad desde una estéril individualidad, desarraigado.

Los templos hoy se vacían porque ahora se llenan los centros comerciales, a los que acuden masas de gente que se conforman con ver-comprar o

admirar ofertas, simples señuelos de lo eventual. Su oración más piadosa es la ilusión de adquirir. Las “baratas” de los productos son las indulgencias que lo llenan de gozo.

Religiones y estados, sindicatos y cooperativas se desvanecen e incluso se borra el capital social que tantos siglos le llevó a Occidente estructurar.

Las desigualdades se equiparan en Washington, Zimbawe o Sri Lanka, son exponenciales. Los únicos que tienen futuro son los innovadores, quienes perciben algo nuevo para vender. En este vértigo de valores cambiantes, de vidas cotidianas sin significado se destruye la estructura laboral y ya nadie puede programar su vida a largo plazo. La entidad del hombre no proviene de su lugar en la producción, ahora se deriva del consumo.

Se vacían de contenido todas las formas que prevalecían y la política se vuelve show. Los que predicaban son los medios de comunicación en los millones de púlpitos en que se convierten las pantallas que dictan las nuevas líneas de conducta y que acuñan los ejemplos a seguir. También funcionan como tribunales que dictan sentencias definitivas.

¿Cómo organizar una vida propia en esta vorágine de valores, circunstancias y objetivos?

Se extiende una doble economía, la de la riqueza y la de la pobreza, la de las oportunidades y la de

los obstáculos. Estamos frente a un esplendor polarizado que desemboca en la soledad, en un cúmulo de oportunidades sin responsabilidades y en una libertad sin obligaciones.

Todo está regido por el talento, el entrenamiento y las conexiones. ¿Pero quién puede detentar estos privilegios al mismo tiempo?, ¿quién está seguro de su posición? Estamos dentro de una transición en la que objetos y principios, sujetos y conceptos se van volviendo obsoletos, en la que se sufre la más extenuante presión, en la que se ha roto el balance entre poseer una vida y ganarse la vida. En pleno derrumbe del capital humano, nadie quiere asumir el costo social que esto implica. Nadie puede defender su empleo, todos están constreñidos por el cambio, imbuidos de una ansiedad que conduce a millones al uso de drogas para aliviarla, pues estamos todos sacudidos por el miedo a perder. Por eso la enfermedad más grave del siglo XXI es el estrés.

La globalidad exige personeros neutros que obedezcan las reglas circunstanciales y que cambien de lugar y de objetivos según las instrucciones. Imparciales e impávidos, durarán en su trabajo sólo el tiempo estrictamente requerido por las empresas. Después se incorporarán a las filas del desempleo extendido, impulsado por una economía desligada

de su contexto social que se inició como mercado en la Inglaterra del siglo XVII, cuando se privatizaron los bosques comunales —Polanyi— para favorecer la ganadería y promover la producción textil.

En la actualidad sigue el hombre habitado por el instinto, pero ahora lo posee desnaturalizado. ¿Estaremos frente a renovadas formas de crueldad, por la saturación y la pérdida de sentidos?, ¿resultará inevitable y funesto el peligro de una mutación del *homo sapiens* hacia fronteras insondables en las que perdurarán ancestrales atavismos?, ¿se aniquilará el increíble desenvolvimiento de esta especie por haber llevado sus contradicciones a extremos ásperos y nocivos, hasta los límites de lo impredecible?

Todo funciona en fragmentos. Hasta ahora no se ve la posibilidad de articularlos hacia adentro porque el adentro del hombre también se ha escindido.

El tiempo se multiplica y avasalla la existencia. La información es abrumadora y se sigue ocultando bajo tantos logros el atávico mecanismo del instinto, la ferocidad, ahora con una más gibosa y crecida indiferencia, porque lo común también se ha dispersado, todos los vínculos del hombre están canalizados, son innumerables, pero lineales, hay comunicación, pero el sentido de lo común no prevalece, porque la solidaridad también está dividida en

pedazos que obedecen a las reglas de la disgregación.

Estamos frente a un paso que ya dio la especie humana hacia otras dimensiones, ofrecemos la lastimosa imagen de quienes portan retazos de cultura a la deriva. Se está edificando una sociedad completamente distinta bajo otros auspicios.

En el combate entre la palabra ya vacía y la imagen esquiva, ésta ha vencido. Pasamos del *logos* como la casa del ser —Heidegger— al campamento de lo eventual, de los relatos con significado a un carrusel de sentidos, íconos de una existencia dominada por la velocidad y el cambio.

Habitantes del presente extendido lo esgrimimos como ardid para eludir un mañana proceloso y amenazante, pues se ha desvanecido el pasado. Hemos perseverado en el acoso a los vestigios de lo actual, reconociendo, no obstante, que no existe el porvenir. Somos una especie en los bordes del tiempo, que es otro, en *zig-zag*, con dimensiones abiertas y en espiral. Es tarde para exigir a nadie responsabilidades por el fracaso o quizá por el rotundo éxito del progreso excesivo.

Somos los últimos que nos empeñamos en lo creativo sin el menoscabo de lo utilitario. Disfrutamos la libertad y conservamos un interior articulado y una conciencia unitaria. Buscamos además

nuestra superación a través de lo estético. Aspiramos a la totalidad, a pesar de estar inmersos en una época fragmentada en la que priva lo efímero y lo escindido.

Zozobramos en la razón, porque ésta nos desvió hacia otras dimensiones, pero somos aquellos que inventaron las artes, las ciencias y los dioses. Ahora remamos hacia un rumbo perdido. Habrá que empeñarse en seguirlo, pues corresponde hacerlo a los ideales de nuestra cultura que comenzó desde la Prehistoria y que tantas mutaciones han vuelto ajena.

No pertenecemos a las comunidades lineales, tampoco somos individuos con canales múltiples hacia el cosmos a los que complace deambular dentro de innumerables fragmentos centrípetos, pero debemos mantener los estandartes en alto, el viento nos es favorable aunque no tengamos ya destino, sigamos, sin embargo, el rastro de nosotros mismos.